

INTERVENCIÓN DEL DOCTOR ELISEO RESTREPO LONDOÑO
PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD DE AGRICULTORES DE COLOMBIA —SAC—

El interesante título de este foro da base para hacer algunas consideraciones en relación con el adelanto del sector agropecuario en términos de aumentos de la producción y la productividad y la incidencia que sobre estos aspectos puede y debe tener el desarrollo científico y tecnológico. En la última mitad del siglo XX se han producido cambios sustanciales en el panorama agrícola mundial cuyas consecuencias es preciso analizar y evaluar a fin de estar preparados para enfrentar exitosamente estas nuevas situaciones.

Las causas de estos cambios tienen origen principalmente en la acentuada disminución del ritmo de crecimiento demográfico y en la aguda competencia que se ha desatado entre un numeroso grupo de países en vía de desarrollo, por resolver sus problemas de deuda externa y de divisas con base en sus exportaciones. Como la mayor parte de ellos no ha alcanzado un desarrollo industrial apreciable, tiene que acudir forzosamente a la promoción de productos provenientes del sector primario.

La reducción de la tasa de crecimiento demográfico a niveles incluso negativos en los países de mayor desarrollo, que a su vez son el objetivo de los países exportadores, ha resultado en una contracción de la demanda por productos agropecuarios y en la agudización de la competencia internacional. Este fenómeno influye también sobre el proteccionismo a que han acudido muchos países y los subsidios que de otro lado conceden a la exportación de sus excedentes. No es extraño entonces que el comercio mundial se distorsione al no realizarse con base en los costos reales de producción sino en la magnitud de los subsidios.

En estas condiciones se hace necesario tomar medidas de política que tengan en cuenta la situación de competencia y la manera de hacerle frente con acciones gubernamentales que cubren un aspecto muy amplio. Porque de un lado están los

mecanismos compensatorios como los subsidios a la producción y a la comercialización y de otro, la adecuación del aparato económico que debe aumentar su productividad para enfrentar exitosamente una competencia cada vez más intensa, con miras no sólo a lograr un mejor posicionamiento en los mercados externos sino también a la defensa del mercado interno.

Como no se trata de un foro de carácter económico sino de investigación y tecnología, me referiré exclusivamente a este último aspecto, no sin dejar constancia de que ambos están estrechamente ligados.

En efecto, de poco servirán los incentivos y apoyos de carácter económico que se concedan a la agricultura si no se logra una modernización que incremente su productividad. La modernización no es otra cosa que la aplicación a nivel comercial de los frutos de la investigación y del avance tecnológico.

Lo sucedido en Colombia después de la postguerra es un magnífico ejemplo. Se aplicó la llamada revolución verde o paquete tecnológico y se obtuvo un extraordinario avance en la productividad y en la producción total. Los rendimientos en términos de cantidades por hectárea más que se doblaron y la producción creció de manera impresionante: entre 1950 y 1980 la producción de algodón se multiplicó por quince, la de arroz y caña por siete, y aparecieron nuevos cultivos como el sorgo y la palma de aceite. La productividad por hectárea pasó de 1.8 toneladas a 4.7 en el arroz y de 3.5 toneladas en caña de azúcar a 14.6.

La resultante fue un crecimiento de la producción agropecuaria del 3.5% anual entre 1950 y 1985, con períodos claramente diferenciados: entre 1966 y 1975 el sector agropecuario creció a una tasa del 4.6% anual; de ahí en adelante vino un período de estancamiento que culminó en una tasa negativa en 1982 y a partir de este año se reinició el crecimiento pero a niveles considerablemente inferiores a los históricos.

Sin dejar de lado que el cambio más sustancial en el crecimiento demográfico que trajo consigo una menor demanda por productos agropecuarios se produjo a partir de los años sesenta, no cabe duda de que el efecto dinámico de la revolución verde surtió sus efectos y prácticamente se agotó durante este período. Durante varios años, a excepción de algunos casos aislados, la productividad se ha mantenido constante.

Sin embargo no parece exacto afirmar que este relativo estancamiento obedezca exclusivamente a haber alcanzado una etapa de madurez tecnológica. En nuestro

medio se presentan factores estructurales, que desalientan la modernización y le mantienen una relativa ventaja a los sistemas tradicionales. Es tal la dependencia de insumos y equipos importados y los factores de encarecimiento que inciden sobre ellos hasta llegar a nivel de finca que, si bien todavía hay campo para aumentar la productividad con base en la incorporación de tecnología, ello no resulta factible desde el punto de vista económico.

La urgencia de modernizar, versus su falta de justificación económica, adquiere una nueva disminución, cuando sin haber superado íntegramente la revolución tecnológica de mitad de siglo, nos encontramos a las puertas de lo que podríamos llamar la segunda revolución que tiene sustento en la informática y en la biogenética. Este nuevo horizonte de la investigación y la tecnología no proviene como antes de los centros de investigación de las universidades sino de empresas creadas para el efecto que negocian en el mercado los paquetes tecnológicos dándole un cariz diferente a la difusión del conocimiento que ahora puede negociarse como una mercancía. No sería extraño entonces que quienes tienen mayor poder económico puedan hacerse más fácilmente a las nuevas técnicas y que éstas lleguen a aplicarse para modificar los patrones usuales de producción de tal manera que puedan cultivarse, por ejemplo en zonas templadas, algunos productos que hasta ahora están concentrados exclusivamente en áreas tropicales.

No descarto la posibilidad de que las anteriores especulaciones hagan parte de un escrito de ciencia ficción. No todo en la biogenética es exitoso y se conocen fracasos rotundos en la reproducción de tejidos en especies como el banano y la palma de aceite que han dado lugar a la suspensión de la aplicación comercial de este tipo de investigaciones. Igualmente el desarrollo que en un principio lució promisorio de una vacuna contra la fiebre aftosa, hasta el momento no ha logrado perfeccionarse. Pero estos ejemplos no son suficientes para desvirtuar el enorme potencial y los cambios que en la distribución de la producción y en la productividad tienen las nuevas tecnologías. Porque si bien hemos hablado de algunos fracasos, son más notorios los éxitos en especies forestales, flores y frutas, para citar sólo unos pocos casos. Lo cierto es que las nuevas técnicas están presentes y están siendo aprovechadas por quienes están a la vanguardia.

En el caso colombiano conviene reflexionar acerca de la conveniencia de orientar la investigación hacia las áreas en que se requieran con mayor urgencia y de crear las condiciones para que efectivamente se facilite y estimule su adopción. Es un hecho que las mayores limitaciones del sector agropecuario colombiano se encuentran en la producción de cereales. La producción total y los consumos son bajos, la productividad es muy inferior a los estándares internacionales y la

frontera agrícola disponible de inmediato es reducida. Como resultado de ello, productos como el maíz han tenido una caída vertical tanto en consumo humano como animal, y el país se encuentra estancado en una situación en que el costo de los concentrados y por consiguiente la producción de proteína animal a base de ellos, es excesivamente costosa. Lo mismo sucede con el sorgo, la soya, la cebada, el trigo, la sustitución que ha tenido lugar durante los últimos años es prueba de ello: al tiempo que el consumo de trigo se incrementa a una tasa anual que puede ser superior al 6%, los consumos de maíz y arroz disminuyen en términos absolutos y relativos. Es cierto que puede haber cambios en los patrones de consumo al inclinarse los gustos de la población hacia las pastas y las hamburguesas, pero no hay duda de que la disponibilidad y los costos relativos de los productos juegan un papel preponderante.

Las posibilidades de ampliar la frontera agrícola se encuentra en el incremento de la productividad, en la incorporación de nuevas tierras a la economía de mercado o en una combinación de ambos factores. Es tan cierto que la tierra agrícola realmente disponible es un limitante absoluto del crecimiento agropecuario, que se presentan fenómenos de encarecimiento excesivo de los arriendos de las pocas tierras buenas disponibles o de que si por cualquier razón el área destinada a determinado cultivo aumenta, automáticamente se reducen las siembras de cultivos alternativos. En estas condiciones es obvio que el aumento de la productividad con base en la incorporación de tecnología es el camino más expedito para la solución del problema, pero a todas luces es insuficiente. Adicionalmente la frontera agrícola debe ampliarse, tal como comienza a hacerse mediante la extensión de la red vial hacia zonas como el pie de monte de los Llanos Orientales que en la actualidad están por fuera de la economía de mercado.

Sin embargo, la calidad de los suelos del pie de monte, es inferior a la de las tierras actualmente utilizadas; su fertilidad es menor y por lo general se presentan manifestaciones de toxicidad que se originan en altas concentraciones de aluminio. En el estado actual de desarrollo de tecnología disponible los bancos de sabana no podrían ser utilizados para cultivos como el sorgo y el maíz que no tendrían un buen comportamiento. Sin embargo, ya se conocen investigaciones preliminares sobre desarrollo de variedades que se adaptan a las condiciones de estos suelos y se tienen fundadas razones de que estas barreras tecnológicas puedan superarse en un futuro no muy lejano.

En uno y otro caso, aumento en la productividad y ampliación de la frontera hacia suelos menos fértiles, la investigación y el desarrollo tecnológico son elementos cruciales que requieren la mayor atención y el apoyo del Estado, no sólo en

términos de propiciar avances en estos campos, sino también de fortalecer y estimular el financiamiento del sector agropecuario que no está en capacidad de generar internamente los recursos que son necesarios para la modernización, una de cuyas características es la de ser capital intensiva. No cabe duda de que al no contar con subsidios y tener que afrontar extra costos que no se dan en otros países con los cuales se tiene que competir, el papel del Estado es decisivo para el futuro del sector cuyo progreso y desarrollo no puede depender únicamente de la acción de un sector privado que tiene que actuar en condiciones extremadamente difíciles.

Por fortuna, la experiencia colombiana en investigación puede considerarse como exitosa, no obstante los altibajos que se han presentado como consecuencia del manejo político y de la inconsistencia e insuficiencia de las apropiaciones presupuestales a los organismos de investigación. Pero por encima de esto son numerosos los avances en la investigación de café, caña, arroz, palma de aceite y más recientemente, el horizonte que se ha abierto para el desarrollo de las altillanuras —que son una parte considerable del potencial agrícola del mundo— gracias a la exitosa investigación adelantada por el IFDC, el ICA y el CIAT en sus programas conjuntos de Palmira, Santander de Quilichao y Carimagua.

Con base en estas experiencias positivas y en la disponibilidad de un excelente equipo de investigadores y contando con el apoyo decidido del Estado, es indudable que Colombia está en capacidad de ocupar una posición destacada en la investigación agropecuaria.